

AMBROSIO. ¿No?

RAIMUNDO. ¡No, señor! ¡Si lo sabré yo! ¡Me parece que fué ayer!., cuando el año 23, al acercarse los franceses..., los cien mil nietos de San Luis..., estos bárbaros del pueblo salieron con las cintas blancas, hechos unos foragidos por esas calles! «¡El cura es un negro!.. ¡A quemarlo en la iglesia! ¡Viva la religión!» Y prendieron fuego á la sacristía. ¡Pobre cura! Luego le vi por esos mundos..., y me contó mil veces el lance. — Viendo que las llamas tomaban cuerpo, agarró los libros y los escondió.

AMBROSIO. ¿Dónde?

RAIMUNDO. ¡Calla!.. ¡Pues no me acuerdo!

AMBROSIO. ¡Hombre! ¡Qué desgracia!

LUCAS. ¡Que ha de ser desgracia! ¡Mejor para mi tío!

RAIMUNDO. Luego se descolgó por una ventana y se escapó.

AMBROSIO. Le haremos buscar, y que declare...

RAIMUNDO. ¡Qué ha de declarar!

AMBROSIO. ¿Por qué no?

RAIMUNDO. Porque ha muerto.

AMBROSIO. ¡Qué fatalidad!

RAIMUNDO. Murió al poco tiempo... Era viejo..., ¡y el susto!.. (Cavilando.) ¡Señor!, ¿dónde me dijo que había escondido los libros?..

AMBROSIO. ¡A ver, á ver!

RAIMUNDO. (De repente.) ¡Calle usted! ¡Ya creo que!.. Sí. En la iglesia..., encima del altar mayor, ¿no hay un cuadro de San Vicente Ferrer?

LUCAS. ¡Montado en el burro!

RAIMUNDO. ¡Tú lo has dicho! ¡Pues eso es!.. Mire usted: detrás del cuadro hay un nicho... y allí metió el cura los libros.

AMBROSIO. ¡Ah! Si sale cierto..., ¡qué servicio hace usted al pueblo!

LUCAS. ¡Y á mí! ¡Toma!.. ¡Pues lo mismo me da! El arrozal entonces me toca á mí heredarlo. Y en pareciendo los papeles...

RAIMUNDO. ¿Sí? ¡Pues no creas que tendré la menor pesadumbre! Buen provecho te haga..., tararira!

AMBROSIO. No se debe perder tiempo. Anda, avisa al señor cura que voy allá... Lleva unos mozos para desclavar el cuadro.

LUCAS. ¡Voy! (Aparte.) ¡Ah, buen viejo!.. Ahora me alegro de haberle preso.

### ESCENA VIII

D. AMBROSIO, D. RAIMUNDO

AMBROSIO. ¡Ah! Si parecen los libros..., ¡qué gloria para mí!

RAIMUNDO. ¿Para usted?

AMBROSIO. ¡Oh! También usted..., por haber ayudado, tendrá su recompensa. — Por el pronto quédese usted en mi casa.

RAIMUNDO. ¡Aquí!

AMBROSIO. Sí; aquí se alojará usted por ahora.... (Aparte.) Así no irá contando que ha sido él...

RAIMUNDO. Bien; corriente. ¡Muchas gracias! ¡Es usted un joven muy generoso!

### ESCENA IX

DICHOS, DOÑA BALTASARA

BALTASARA. (Aparte.) Eduardo me está paseando la calle.

AMBROSIO. ¡Ah! Baltasara, te presento un huésped recién llegado: D. Raimundo Lamprea. Viene á reclamar sus derechos al arrozal. ¡Tiene 102 años!

BALTASARA. ¡102 años!

RAIMUNDO. ¡Sí, señora! ¿Y qué tiene eso de particular?

BALTASARA. ¡Vaya!.. Debe ponerse en los periódicos... ¡Es una gloria para el pueblo!

AMBROSIO. ¡Dice bien!.. ¡Pues no me había ocurrido! Eso hará hablar de la salubridad de estos aires..., de la buena administración...

BALTASARA. ¡Cuánto habrá usted visto!.. ¿Hallará usted el mundo muy cambiado de como estaba cuando era usted joven?

RAIMUNDO. ¡Qué! ¡Nada de eso! El mundo.. en el fondo es siempre el mismo. ¿Ve usted lo que pasa ahora? Pues lo mismo pasaba en tiempo de Fernando VI, cuando yo era joven, y de Carlos III, y de..., lo mismo. Entonces había todo lo que hay ahora..., hasta sus motines corrientes... ¡Yo me acuerdo del de Esquilache!.. ¡Oh! ¡Aquél fué famoso! ¡Cómo gritábamos en la plazuela de Palacio!..: «¡Fuera Esquilache!» ¡Eh, eh, eh!.. El rey salió al balcón..., y ¡tararira! Cayó Esquilache. ¡Eh, eh, eh!.. ¡No, que no!

AMBROSIO. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!.. ¡Es un viejecito muy alegre!.., ¿no es verdad, hermana?

RAIMUNDO. ¡Calla! ¿Esta señora es hermana de usted?

AMBROSIO. Sí.

BALTASARA. Baltasara Carrizo, servidora de usted.

RAIMUNDO. ¡Cómo! ¿La hija del tío Carrizo el sastre?

BALTASARA. (Con prontitud.) ¡Comerciante de paños, señor mío!

RAIMUNDO. ¡Qué! ¡Sastre! ¡Vaya! ¡Pues si era mi sastre! Todavía me acuerdo de una vez que regañé con él por una chupa verde botella que me sacó corta. — El verde botella era el color de moda entonces. ¡Qué demonio!.. ¡Eh, eh, eh! ¿Conque usted es aquella Baltasarilla que venía á registrarme los bolsillos por ver si llevaba caramelos? ¡Vaya, vaya! ¡Pues no la hubiera conocido!.. ¡Cómo se ha desarrollado!

BALTASARA. ¡Algo!

RAIMUNDO. ¡Mucho! ¡Toma, ya lo creo!.. ¡Como que de eso ya va fecha! ¡Eh, eh, eh!.. Hará cosa de... A ver: ¿cuántos años tiene usted?

BALTASARA. Mi partida de bautismo desapareció, señor mío.

RAIMUNDO. ¡Es verdad! Como las demás... Pero, aguarde usted... Sí..., ya me acuerdo..., usted nació el año de la guerra de las naranjas.

BALTASARA. ¡Yo!

RAIMUNDO. Justamente. Ya tiene usted sus cuarenta...

BALTASARA. Mien... ¡Se equivoca usted, caballero!

RAIMUNDO. ¡No me equivoco, no! La guerra de las naranjas fué el año... ¡Ay! Tiene usted razón: me equivoco.

BALTASARA. ¡Vaya!

TOMO II

RAIMUNDO. Sí: me equivo... Son 47 años.

BALTASARA. No puede ser.

RAIMUNDO. (A D. Ambrosio.) Pero conserva todavía una frescura..., un airecito, así, tan... que no parece... ¡Y qué guapa estaba vestida de ninfa... el año 14, cuando el rey Fernando, de vuelta de su cautiverio, pasó por aquí!

BALTASARA. ¿Acabará usted hoy? (Aparte.) ¡Si da en acordarse de todo!..

RAIMUNDO. (A D. Ambrosio.) ¿No se acuerda usted?.. Con su coronita de rosas..., el pelito tendido..., y una tunicuita blanca ., recogidita aquí (Señalando el muslo.) con un clavo romano... ¡Eh, eh, eh...! ¡Estaba muy guapa!.. Luciendo la pier...

BALTASARA. (Interrumpiéndole.) ¡Quiere usted callar!

AMBROSIO. ¡Amigo, tiene usted una memoria prodigiosa!

RAIMUNDO. ¡Toma! Yo me acuerdo de hace 90 años como de ayer. ¡Podría contarle á usted al pie de la letra la historia de mi juventud! ¡Ahora poco, cuando llegué á divisar mi pueblo, después de veinticinco años de ausencia, se me saltaba el corazón del pecho con tanto recuerdo delicioso! ¡La conmoción no me dejó andar..., y tuve que sentarme á tomar aliento! Me acordé de todo lo pasado..., de mi casita con el jardín., de la ventana de mi cuarto con su tiesto de albahaca..., de las noches que pasaba leyendo las poesías de Gerardo Lobo y frotando las hebillas de los zapatos y las charreteras del calzón.. ¡Oh! ¡Qué tiempo aquel!.. Y luego por la mañana..., ¡cuando salía yo con mis polvos, tan compuesto!., y las muchachas..., ¡ay, qué gusto!, las miraditas..., las cartitas amorosas..., y á veces..., ¡tararira!

AMBROSIO. ¡Hola, hola!.. ¡Parece que no se perdió el tiempo? ¡Oh! La juventud..., ¡es la edad de los goces!

RAIMUNDO. ¡Toma! Y la vejez, la de los recuerdos: ¡algo es algo! ¡Eh, eh, eh!.. Yo con los recuerdos gozo mucho! Me pongo á recordar..., ¡á recordar!., me parece que me está pasando..., ¡y me rejuvenezco! Todas las edades tienen sus goces. ¡Crea usted que el vivir es una gran cosa!

AMBROSIO. ¡Vaya! ¡Es usted un verdadero filósofo! (Saca la caja.)

RAIMUNDO. ¡Tararira!.. ¿Me permite usted?

AMBROSIO. Con mucho gusto.

RAIMUNDO. (Tomando un polvo.) ¡Hombre!.. Tiene usted una caja..

BALTASARA. ¡Una antigüedad preciosa!

AMBROSIO. ¡Compadre, ésta es mas vieja que usted! Del tiempo de los moros.

RAIMUNDO. ¿Esta?

AMBROSIO. Hablo del retrato. Mírelo usted: es el..

RAIMUNDO. Es el retrato de Jaime el Barbudo.

AMBROSIO. ¡Cómo!

RAIMUNDO. Sí: aquel famoso ladrón... ¡Y está muy parecido! Yo le vi ahorcar.

AMBROSIO. ¡Vamos, vamos!.. ¡Usted está soñando! Este es el retrato del Cid Campeador: ¡único que hay!

RAIMUNDO. (Sacando su caja.) ¿Único? Pues con éste son dos.

AMBROSIO. ¡Cómo es eso!

RAIMUNDO. Estas cajas eran muy de moda en mi tiempo.

AMBROSIO. ¡Jaime el Barbudo!

RAIMUNDO. El mismo. Son igualitos.

AMBROSIO. ¡Y el tunante del moro, que me ha sacado dos onzas de oro por ella!

RAIMUNDO. ¡Ha sido cara! Esta me costó á mí siete reales.... ¡y cuando era moda!

BALTASARA. (Riendo.) ¡También á los sabios se la pegan!

AMBROSIO. ¡Por Dios, hermana..., ¡no se lo cuentes á nadie!

RAIMUNDO. ¿Se ha puesto usted triste?.. ¡Lo siento! Me acontece muy á menudo el quitar ilusiones..., así, sin intención.

AMBROSIO. ¡Haberme engañado de este modo!..

RAIMUNDO. ¡Eso le sucede á cualquiera!

AMBROSIO. ¡Es que yo he estudiado mucho!

RAIMUNDO. Y yo he visto mucho

BALTASARA. (Mirando hacia la derecha.) ¡Calla!.. ¡Eduardo dándole un papel á la doncella!.. ¡Ese joven acabará por comprometerme! (Se va por la derecha.)

### ESCENA X

D. RAIMUNDO, D. AMBROSIO, MATILDE, que sale por la izquierda.

MATILDE. Perdonen ustedes si interrumpo.

AMBROSIO. ¿Qué hay?

MATILDE. La *Gaceta de Madrid*, que ha llegado.

AMBROSIO. (Tomándola.) Dame.

RAIMUNDO. (Aparte.) ¿Quién será esta niña tan guapita?

AMBROSIO. (Tomando la carta que escribió.) Mira, Matilde: hazme el favor de decir que lleven esta carta al correo.

MATILDE. Bien está, Sr. D. Ambrosio.

RAIMUNDO. (A D. Ambrosio.) ¡Ah! Esta señorita ¿no es hija de usted?

AMBROSIO. No: es mi pupila: una huérfana... ¡Pero calle!, usted que es del pueblo, debe de haber conocido á su familia.

RAIMUNDO. ¿Yo?

AMBROSIO. ¡El marqués de Alfolá!

RAIMUNDO. (Conmovido.) ¡Cómo! ¿Aquél de quien era usted administrador?

AMBROSIO. ¡Justamente!

RAIMUNDO. ¡El marqués!.. ¡Es posible!.. ¿Esta señorita es su hija?

MATILDE. Sí, señor. ¿Y usted ha conocido á mi papá?

RAIMUNDO. (Haciendo extremos de gozo.) ¡Qué si le he conocido!.. ¡Ah, señorita!.. ¡Déjeme usted!.., déjeme usted que le bese las manos!.. ¡que la abrace..., que la... ¿Hija del marqués?.. ¿Y que si le he conocido?.. ¡Dios mío!.. ¡El bienhechor del pueblo!.. ¡Mi salvador!..

MATILDE. ¿Qué dice usted?

AMBROSIO. ¿Pues qué hizo?

RAIMUNDO. ¿Qué hizo? ¡Friolera! — Cuando la guerra con Napoleón, todos estos alrededores estaban inundados de guerrillas que tenían á los franceses en continua alarma. Un día se nos pone en la cabeza á unos cuantos irnos de caza al soto de la Culebra..., una legua del pueblo. Andresillo el sacristán., Jeromo el tuerto., D. Roque el fiel de fechos...; en fin, éramos unos diez ó doce. Agarramos nuestras escopetas... y andandó. Llegamos, nos comemos unas tortillas con jamón..., echamos un trago... y empezamos á dar tras de las liebres... ¡pim!.. ¡pam!.. ¡Al demonio no se le ocurre en aquel tiempo! Pues señor..., en lo mejor de nuestra cacería, nos encontramos con una descarga cerrada que nos hacen

de repente... y con un escuadrón de caballería que nos carga. Era una columna de franceses que nos toma por guerrilleros, nos atrapa, nos amarra codo con codo y nos lleva á Valencia. Allí estaba formado un consejo de guerra, que sin hacer caso de nuestros clamores, ni permitir defensa, ni oírnos, nos condenan...

MATILDE. ¿A muerte?

RAIMUNDO. ¡Andando! – Pero felizmente la noticia del suceso se había esparcido... Se supo en este pueblo., llegó á oídos de su padre de usted... El buen marqués..., siempre dispuesto á hacer un beneficio, monta á caballo., corre á Valencia... se presenta al mariscal Suchet.. (¡que no era mal hombre!..) le habla al alma..., le informa del suceso..., pone en claro la verdad..., ofreciendo sus bienes y su persona en prendas..., y consigue el perdón de todos nosotros.. Ya estábamos en capilla... y allí nos le vimos entrar loco de alegría, y abrazarnos, y volvernos al seno de nuestras familias.

MATILDE. ¿Y fué mi padre?..

RAIMUNDO. ¡Sí, su padre de usted, á quien debimos la vida! (Enterneciéndose.) Pobrecillo!.. Algunos años después... le vi perseguido..., insultado..., obligado á emigrar de su patria..., sin que yo, pobre de mí, pudiera evitarlo... ni servirle de nada en este mundo!

AMBROSIO. ¡La está usted haciendo llorar con esos recuerdos!

RAIMUNDO. ¡Es verdad!.. Soy un majadero!.. (Cambiando de tono.) ¡Vaya, vaya!.. A vivir... y no hay que volver la vista atrás. Lo pasado es como quien paga una deuda..., que no debe volver á acordarse de ella. ¡Como si no fuera bastante motivo de alegría el encontrar á la hija de aquel.. ¡de aquel buen señor!.. tan generoso y tan!.. (Vuelve á enternecerse, y dice haciendo un esfuerzo:) ¡Dale!.. ¡Se acabó, vamos, se acabó el lloriqueo!.. y ¡tararira!

MATILDE. ¡Ah! ¡Qué placer me ha dado usted contándome eso de mi padre!

RAIMUNDO. ¡Oh! ¡Aquel era un hombre de lo que hay poco!.. (Oyese regañar dentro.)

## ESCENA XI

DICHOS, DOÑA BALTASARA, con una carta abierta.

BALTASARA. ¡Esto es una picardía!.. ¡una infamia!..

AMBROSIO. ¿Qué sucede, hermana?

BALTASARA. ¿Qué sucede?.. ¡Tú nunca sabes lo que ocurre en tu casa!

AMBROSIO. ¿Pero qué?

BALTASARA. ¡Mira!.. ¡Un billete amoroso!..

AMBROSIO. ¿Dirigido á ti?

RAIMUNDO. (Aparte.) ¡Jesús! ¡A la ninfa del año 14!

BALTASARA. ¡No! Ya debes conocer por lo rabiosa que estoy que no es para mí..., ¡sino para esta señorita!

MATILDE. ¿Para mí?

RAIMUNDO. (Aparte.) ¡Ah! ¡Eso es otra cosa!

AMBROSIO. ¡Cómo!..

BALTASARA. Toma, lee. – Acabo de despedir á Sinforosa, que era la encargada de ..

AMBROSIO. ¡Qué veo!.. De D. Eduardo!

MATILDE. (Aparte.) ¡Dios mío!

BALTASARA. ¡Ahora se entiende la negativa que antes nos dió la niña!

AMBROSIO. (Aparte.) ¡Qué compromiso del diablo!

BALTASARA. Para que Eduardo haya dado este paso, es forzoso que se vea correspondido...

MATILDE. No lo crea usted. Al contrario, yo he huído siempre de darle la menor esperanza: jamás le he dicho una palabra que...

BALTASARA. ¿Es decir, que no le quieres?

MATILDE. Yo sé que su tío trata de casarlo ventajosamente; y por nada en el mundo quisiera hacerle perder su suerte.

AMBROSIO. ¿Es decir, que rechazas su amor? (D. Raimundo tose.) ¡Ah!.. (Reparando en él.)

RAIMUNDO. Perdone usted si me he enterado., no es culpa mía el oír... Doña Baltasara es tan viva de genio, que no ha reparado en mí Pero no importa. Como todo lo que tiene relación con esa niña me interesa...

AMBROSIO. Vamos, ¿y qué?

RAIMUNDO. ¿Y qué?... Que se me figura que están ustedes los dos tocando el violón... y que doña Matilde está muy lejos de pensar en rechazar el amor de ese joven. (A Matilde.) ¡Vamos! no hay que ponerse colorada por eso!

AMBROSIO. Esa boda es imposible. Matilde lo conoce. El general tiene sus proyectos... y nunca consentirá...

RAIMUNDO. ¿Y por qué? Puede que hablándole... se arregle el negocio.

BALTASARA. ¡No faltaba más!

RAIMUNDO. ¡Si ustedes tienen reparo, yo lo haré, vamos! Es lo menos que puedo hacer por la hija de mi bienhechor!.. – Y luego que por muy codicioso que sea ese señor general..., la novia que él haya elegido no será mejor que la que ha elegido su sobrino. En haciéndole ver que ésta es una señorita joven., guapa., título de Castilla... y rica...

BALTASARA. ¿Cómo rica? – Matilde no tiene un cuarto.

RAIMUNDO. (Sorprendido.) ¿Qué está usted diciendo?

MATILDE. Es la pura verdad.

AMBROSIO. Sí, señor.

RAIMUNDO. ¿No tiene un cuarto?

BALTASARA. Que no. ¡Usted es el que está ahora tocando el violón, buen hombre!

RAIMUNDO. ¿Que yo estoy tocando el?.. – A ver, á ver... hágame usted el favor de explicarme..., porque lléveme el diablo si acabo de entender.

BALTASARA. ¡Allí viene Eduardo!

MATILDE. ¡Cielos!

AMBROSIO. ¿D. Eduardo?.. Dejadme... marchaos...

RAIMUNDO. Pero, vamos á ver, yo quisiera enterarme...

AMBROSIO. Bien, amigo..., luego... – Mi hermana le llevará á usted á su habitación.

RAIMUNDO. Corriente; pero es que yo necesito saber...

AMBROSIO. Por amor de Dios, déjenme ustedes todos: quiero hablarle á solas.

BALTASARA. (Yéndose.) ¡Darme á mí un chasco como este!

RAIMUNDO. (Aparte, yéndose.) ¿Que no tiene un cuarto?.. Pues señor, ¿y aquel caudal?.. ¡No, no! Yo he de poner en claro...

## ESCENA XII

D. AMBROSIO, D. EDUARDO, en el jardín

AMBROSIO. ¡Aquí de mi habilidad! Yo no puedo malquistarme con este joven. Por su recomendación espero conseguir la cruz, y es preciso valerme de alguna astucia... — ¡Oh, Sr. D. Eduardo!.. Ahora estaba pensando en ir á visitar á usted.

EDUARDO. ¿Tiene usted algo que decirme?

AMBROSIO. Sí, señor

EDUARDO. ¿Qué cosa?

AMBROSIO (Mirando alrededor.) ¡Chist!., bajito!..

EDUARDO (Aparte.) ¡Si habrán visto mi carta! — Hable usted. (D. Ambrosio le enseña la carta que trajo doña Baltasara.) ¡Ah!..

AMBROSIO. ¿Conoce usted la letra?

EDUARDO. Sr. D. Ambrosio, ya habrá usted visto por esta carta que mi amor es puro, y espero que usted; como protector de Matilde, le dará su aprobación.

AMBROSIO. ¿Yo? (Acercándose á él y poniéndole las manos en los hombros.) ¡Ay! ¡Qué ciegos son los enamorados!

EDUARDO. ¡Cómo!

AMBROSIO. ¡Ciego! ¿Qué no ha visto que yo lo había conocido desde el primer día?

EDUARDO. ¡Usted!

AMBROSIO. ¡Y que hacía cuanto podía por protegerlo!

EDUARDO. ¡Es posible! ¿Conque consiente usted?

AMBROSIO. Con el alma y la vida.

EDUARDO. ¡Ah, Sr. D. Ambrosio!.., cuente usted con mi eterna gratitud. Voy, con permiso de usted, á ver á Matilde...

AMBROSIO. ¡Poco á poco!.. Ella me acaba de hablar...

EDUARDO. ¡Ah!..

AMBROSIO. Sí; devolviéndome su carta de usted.

EDUARDO. ¡Cómo!.. ¿Ella se la ha entregado á usted?.. ¿Y qué es lo que ha dicho?

AMBROSIO. ¡Nada!.., lo que dicen las muchachas siempre... que usted la hacía mucho honor... que le apreciaba á usted mucho... en fin, las frases de cartilla...

EDUARDO. ¿Y nada más?

AMBROSIO (Afectando turbación.) Sí tal...; añadió... que... por ahora no deseaba casarse.

EDUARDO. ¡Cielos!

AMBROSIO. ¡Caprichos, que no puedo yo tolerar!

EDUARDO. Con todo... si Matilde tiene inconvenientes...

AMBROSIO. ¡Qué, no señor! Este casamiento conviene bajo todos aspectos... Asegura la suerte de Matilde... me liberta de una tutoría penosa... y sobre todo... me permite traer á mi hijo á mi lado.

EDUARDO. ¿Qué dice usted?

AMBROSIO. Sí; tengo para él un buen partido... pero mientras Matilde sea soltera no habrá medio de convencerlo.

EDUARDO. Pues qué... ¿se quieren?

AMBROSIO. ¡Con locura! Ya ve usted... dos muchachos que se han criado juntos... pierden la chaveta y...; pero en no volviéndose á ver, ya se les olvidará...

EDUARDO. No, no; permita usted...

AMBROSIO. ¡Ella hará lo que se le mande!.. ¡No faltaba más!

EDUARDO (Turbado.) Perdona usted, Sr. D. Ambrosio... yo no quiero violentar su corazón.

AMBROSIO. ¡Qué disparate! Ya se le pasará...

EDUARDO. ¡De ningún modo! ¡Fué una ilusión!.. ¡Me figuré poder conquistar un cariño .. que otro ha merecido ya! El amor no se manda; y puesto que he llegado tarde... me retiro.

AMBROSIO. Pero hombre, ¿es posible!..

EDUARDO. Es cosa resuelta. Desisto de toda pretensión á la mano de Matilde, y ahora mismo me vuelvo á Valencia.

## ESCENA XIII

DICHOS, D. RAIMUNDO

RAIMUNDO. Perdonen ustedes si les interrumpo...

AMBROSIO. ¡Vaya! ¿Qué quiere usted, abuelito?

RAIMUNDO. Hablar un momento con usted á solas ..., si este caballero lo permite: es cosa que urge.

EDUARDO. Sí, señor; yo me retiro. (Saludando.) Sr. D. Ambrosio...

AMBROSIO. Amigo mío... ¡vaya usted con Dios!

RAIMUNDO. No, no se vaya usted muy lejos. Vuelva usted luego..., porque también á usted tengo que hablarle.

EDUARDO. ¿A mí?

RAIMUNDO. Sí, de la señorita Matilde.

EDUARDO. ¡Cómo! ¿De Matilde?

RAIMUNDO. ¡Pues!, y una buena noticia.

EDUARDO. ¡Cielos!

AMBROSIO. ¿Qué?

RAIMUNDO (A D. Ambrosio.) Soy con usted.

EDUARDO (Saludando.) Señores, beso á ustedes las...

RAIMUNDO (Despidiéndole.) ¿Conque hasta luego?

EDUARDO. ¡Oh, sin falta! (D. Raimundo acompaña á D. Eduardo, que se va por el jardín. Entretanto D. Ambrosio se sienta junto al velador que está á la derecha. D. Raimundo toma una silla que hay junto á la mesa de despacho y va á sentarse junto á D. Ambrosio.)

## ESCENA XIV

D. AMBROSIO, D. RAIMUNDO

AMBROSIO (Aparte.) ¡Anda ya por aquí como Pedro por su casa! Conque, vamos á ver, abuelo, ¿qué ocurre?, ya estoy escuchando.

RAIMUNDO. Usted dirá que le trato sin ceremonias, mi amigo y señor D. Ambrosio; pero como somos conocidos antiguos ..

AMBROSIO. Bien, como usted guste; pero al grano, que estoy de prisa. Acabemos.

RAIMUNDO. Sí, pero para acabar... es preciso empezar. Así van siempre las cosas: primero se empieza, y luego... ¡Eh, eh, eh!.. ¿No es verdad?

AMBROSIO. Vamos, ¿qué quiere usted?

RAIMUNDO. Que me saque usted de una duda, mi querido y estimado D. Ambrosio. Ya le he preguntado á su hermana de usted..., pero ¡tiene una cabeza!., todavía es muchacha..

AMBROSIO. ¡Hombre!..

RAIMUNDO. De condición. Usted ya es otra cosa... Usted es ya un mozo formal..., y con usted se puede hablar.

AMBROSIO. ¿Acaba usted?

RAIMUNDO. Empiezo. — Pues señor, ¡yo estoy en Babia! Se ha dicho aquí antes que doña Matilde no tenía un cuarto: es noticia que me sorprende, y deseo que usted...

AMBROSIO. ¿Eso era? ¡Vaya, vaya! Otro día hablaremos, abuelito.

RAIMUNDO. Es que yo quisiera que fuera ahora..., si á usted no le molesta. Ya debe usted conocer lo que me interesa esa niña. ¡Si hay alguien en el mundo que le disputa su herencia.., aquí estoy yo! Puedo darle á usted noticias muy exactas. Mire usted, la hacienda de Alfalá..

AMBROSIO. ¡Déjese usted de noticias! La noticia es que esa niña no tiene nada, porque el marqués, al emigrar el año 23, vendió todos sus bienes.

RAIMUNDO. Vendió..., vendió... Ya sé que los vendió; pero fué á usted.

AMBROSIO. Es verdad.

RAIMUNDO. Pues bien; entonces ella es dueña...

AMBROSIO. De nada

RAIMUNDO. ¿De nada?.. ¡Hombre! Poco á poco .., poco á poco...; hablemos con formalidad..

AMBROSIO. Sí, con formalidad. Hablemos de cosas más importantes.

RAIMUNDO. ¿Más importantes?..

AMBROSIO. Hablemos del arrozal que va usted á poseer...

RAIMUNDO. ¡Taratira! ¡Ahora estoy yo pensando en el arrozal!.. ¡Cómo si pudieran salir á disputármelo muchos que tengan 102 años! — Vaya, vaya, hablemos de nuestro negocio. (D. Ambrosio se levanta, cruza el teatro, toma un papel de la mesa de despacho y se dirige al jardín. D. Raimundo, que se ha retirado al fondo, le cierra el paso por todos los lados que busca D. Ambrosio para escaparse.)

AMBROSIO. ¡Hombre, déjeme usted pasar!.. ¡Dale!.. ¡Mire usted que estoy de prisa!., los intereses del pueblo me llaman ..

RAIMUNDO. No; si no se va usted sin haberme respondido.

AMBROSIO. ¡Cuidado, que se va usted tomando ya unas libertades!.

RAIMUNDO. Ahora no se trata de enfadarse., el enfadarse no conduce á nada. Conque hablemos en razón..., si es posible. Usted es tutor de la marquesita; la marquesita era rica; ahora dice usted que la marquesita no tiene nada .. ¿Cómo se entiende esto?

AMBROSIO. ¿Creo que usted me reconviene?

RAIMUNDO. Y yo creo que usted no me responde ¿Sera cosa que?..

AMBROSIO. ¡Es gracioso el capricho!

RAIMUNDO. Si es gracioso, ¿por qué se enfada usted?

AMBROSIO. ¿Qué significa eso?

RAIMUNDO. Significa que ya voy conociendo lo que anda.

AMBROSIO. ¿Usted se olvida de que yo mando aquí?

RAIMUNDO. ¡Taratira! Con otros señores más encopetados que usted me las he tenido yo tiesas en mi vida.

AMBROSIO. ¿Sabe usted que tengo autoridad para hacerle salir del pueblo?

RAIMUNDO. ¿A mí?

AMBROSIO. ¿Que usted no tiene ocupación ni domicilio conocido?

RAIMUNDO. ¿Domicilio? Vaya, ¿pues no estoy en su casa de usted? ¡Calla! ¿Usted trata de intimidarme á mí?

AMBROSIO. ¡Eh! ¡Ya no hay paciencia que baste!., y al fin y al cabo...

RAIMUNDO. ¡Cuidadito!.. Si usted da voces, puede venir gente.

AMBROSIO. ¿Qué me importa?

RAIMUNDO. Es que entonces tendré que decir delante de todos lo que yo no quería decir sino á usted solito.

AMBROSIO. ¿Y qué dirá usted?.. Vamos á ver.

RAIMUNDO. Diré... diré que usted no es legítimo poseedor de los bienes del marqués de Alfalá.

AMBROSIO. (Turbado.) ¿Cómo?..

RAIMUNDO. (Alzando la voz.) Diré, ya que usted me obliga á ello, que la escritura de venta que le hizo á usted el año 23 en el momento de emigrar, no tenía otro objeto que el de evitar que le confiscasen los bienes; ¡que fué una escritura simulada!..

AMBROSIO. (Turbado.) ¿Cómo es eso?

RAIMUNDO. Que D. Roque Samperet, el fiel de fechos, hizo una contra-escritura firmada por usted.

AMBROSIO. (Aparte.) ¡Santo Dios!..

RAIMUNDO. (Cada vez más alto.) Y que en esa contra-escritura reconocía usted y confesaba ser únicamente depositario de los bienes del marqués.

AMBROSIO. (Asustado.) ¡Más bajo!

RAIMUNDO. (Bajando de repente la voz.) ¿No quería usted gritar? Ya ve usted que yo sé gritar también. (Alzando la voz.) ¿Quiere usted que gritemos?.. Pues vamos gritando.

AMBROSIO. No, por Dios. — Pero ¿quién le ha dicho á usted?..

RAIMUNDO. ¡Si fuí yo quien extendió la contra-escritura!

AMBROSIO. ¿Usted?

RAIMUNDO. ¡Pues si yo era escribiente de D. Roque!

AMBROSIO. (Aparte.) ¡Maldito seas! — ¿Y ese documento?..

RAIMUNDO. En la escribanía se depositó; allí se encontrará.

AMBROSIO. ¿Está usted seguro de ello?

RAIMUNDO. ¡Vaya! ¡Como si hubiera sido ayer! . Verá usted como yo... (Yéndose.)

AMBROSIO. (Aparte.) ¡Me he salvado! — (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!..

RAIMUNDO. ¿De qué se ríe usted?

AMBROSIO. ¡No está mal inventado el cuento!..

RAIMUNDO. ¿Cómo cuento?

AMBROSIO. Tío Tararira, usted no tiene la cabeza sana; todo eso lo ha soñado usted.

RAIMUNDO. ¿Que lo he soñado? ¡Está usted fresco! — Me parece estar viendo la contra-escritura. . en papel del sello cuarto...

AMBROSIO. ¿Sí? Pues vaya usted á buscarla.

RAIMUNDO. ¡Pues ya se ve que la buscaré... y la encontraré!.. Iré á la escribanía... y al juzgado... y á la audiencia... y á la misma reina!, y gritaré: ¡Justicia!., hasta que haya alguien que me oiga!..

AMBROSIO. ¡Pobre viejo!

RAIMUNDO. Gracias te doy, Dios mio, que entre todos los de mi tiempo me has

dejado á mí solo olvidado en el mundo para que pueda pagar á la hija el beneficio que recibí de su padre. Así que haya cumplido con esa deuda que tengo sobre el corazón, así que yo deje á esa niña rica y feliz..., ¡tararira!., ¡que me lleven al cementerio!.. (Se dirige á pasos vivos á tomar el sombrero y los guantes.)

AMBROSIO. ¿Dónde va usted?

RAIMUNDO. ¡A mi negocio!.. (Poniéndose los guantes muy agitado y muy temblón.) Cuando se trata de impedir una picardía..., soy más listo que un muchacho de 20 años.

AMBROSIO. (Aparte.) ¡Demonio de hombre!

LUCAS. (Por el foro.) ¡Señor alcalde!.. ¡Señor alcalde!

AMBROSIO. ¿Qué es eso?

### ESCENA XV

DICHOS, LUCAS

LUCAS. (Corriendo.) Señor alcalde..., ya está allí el señor cura y los mozos esperándole á usted.

AMBROSIO. Bien; allá voy... (Aparte, deteniéndose.) ¡Si dejo salir á este hombre!.. — ¡Ah! — (A Lucas.) Mira: quédate aquí; no pierdas de vista al viejo.

LUCAS. ¿Por qué?

AMBROSIO. Tiene la cabeza un poco...

LUCAS. ¿De veras?

AMBROSIO. Sí; no le dejes marchar; tú me respondes de él. (Se va por el foro.)

### ESCENA XVI

D. RAIMUNDO, LUCAS

LUCAS. ¡Calla! ¡Conque es un loco!.. Por eso se me reía en mi cara, y decía...

RAIMUNDO. ¡Ea!.. ¡A buscar la contra-escritura! (Yéndose.)

LUCAS. ¡Y se va! — ¡Eh! ¡Diga usted!.. ¿Adónde se va usted?

RAIMUNDO. ¡Ah! Tú podrás decirme... Dime: ¿dónde vive ahora D. Roque Samperet?

LUCAS. ¿Samperet... el herrador?

RAIMUNDO. ¡No!, el fiel de fechos.

LUCAS. ¡Ah!.. ¿El Sr. Samperet?.. ¿El padre de Samperet?..

RAIMUNDO. Sí; ¿dónde vive?

LUCAS. ¿Dónde vive? ¡Si se murió!

RAIMUNDO. ¿Se murió? ¡Siempre me olvido de la edad que tengo! ¡No ha quedado nadie más que yo! Pero dime: ¿quién es su sucesor?

LUCAS. ¿Su sucesor?.. ¡Toma!, su hijo.

RAIMUNDO. ¿Pues no dices que es herrador?

LUCAS. Pues bien; como que es hijo..., es sucesor... y herrador.

RAIMUNDO. ¡No, hombre! Te pregunto quién ha tomado la escribanía de D. Roque después de su muerte.

LUCAS. ¡Ah!.. Nadie.

RAIMUNDO. ¿Pues dónde están sus papeles?

LUCAS. ¡Qué!.. ¡Si no quedaron papeles!

RAIMUNDO. ¿Cómo es eso? Pues cuando yo emigré del pueblo el año 23...

LUCAS. Pues por entonces fué, según me contó mi padre... Dijeron que D. Roque era negro..., y el pobre tuvo que escapar de su casa..., salvó el dinero... y algunas otras cosillas...

RAIMUNDO. ¡Es posible!..

LUCAS. Y fué, y se refugió en la iglesia..., donde parece que también estaba el cura escondido..., y allí se estuvieron los dos agazapados unos días..., hasta poder escapar. Y entretanto, la gente se fué en tropel á la escribanía..., rompieron la puerta..., sacaron todos los papeles... é hicieron con ellos una fogata en medio de la calle.

RAIMUNDO. ¿Qué dices?.. ¿Quemaron los papeles?

LUCAS. ¡Toiticos! ¡Pues si no hay nadie en el pueblo que no sepa esa historia! — ¿Qué le da á usted?

RAIMUNDO. ¡Quemados!.. (Se deja caer en el sillón junto á la mesa.)

LUCAS. ¡Calla!.. ¡Le va á entrar la locura!

RAIMUNDO. ¡Por eso hablaba con tanta insolencia ese pícaro de D. Ambrosio!.. Por eso me decía: ¡búsquela usted! — ¡Conque no hay medio de devolver sus bienes á esa niña!.. ¡No hay pruebas!.. ¡No hay más pruebas que mi palabra!.. ¡Buen negocio es mi palabra!.. Se reirán de mí..., dirán: «¡Ese viejo está loco!», como decía antes ese bribón...

LUCAS. ¡Pues es verdad!.. ¡No tiene sana la cabeza! ¡Pobre viejo!

### ESCENA XVII

DICHOS, D. EDUARDO, en el jardín

RAIMUNDO. ¡Y ese D. Roque!.. salirse de su casa..., sacar el dinero... y no sacar los papeles..., siquiera los más interesantes..., las escrituras... Allí en la iglesia pudo también esconderlas, como hizo el cura. ¡Válgame Dios!.. — ¡Ah, señor D. Eduardo!

EDUARDO. Me dijo usted que quería hablarme, y vengo antes de marchar...

RAIMUNDO. ¡Marchar! ¿Y por qué se marcha usted?

EDUARDO. (Sorprendido.) ¿Por qué?

RAIMUNDO. Usted está enamorado de doña Matilde... (Extrañeza de Eduardo.) Sí, señor, yo lo sé. Hoy mismo ha pedido usted su mano.

EDUARDO. Es cierto; pero ignoraba cuando la pedí que ella amaba al hijo de don Ambrosio.

RAIMUNDO. Al hijo de D... ¿Quién le ha dicho á usted semejante cosa?

EDUARDO. El mismo D. Ambrosio.

RAIMUNDO. ¡Me lo había figurado! ¡Ese hombre miente más que la *Gaceta*!

EDUARDO. ¡Pues qué!.. Matilde...

RAIMUNDO. Mentira: no le quiere, y se ha negado á darle la mano.

EDUARDO. ¿Y á mí?

RAIMUNDO. ¿A usted?.. ¡A usted... se la daría con alma y vida!..

EDUARDO. ¿Ella se lo ha dicho á usted?

RAIMUNDO. No hace media hora.

EDUARDO. ¡Oh! En ese caso no me marchó.